

samientos con la juventud que brillaba con toda su lozanía en su agraciado rostro.

Fernando era el retrato de Beatriz, de aquella angelical mujer que tanto le había amado, que tantos sacrificios había hecho por él.

Se había despertado á la vida en los momentos en que Colón, su padre, volvía por primera vez del Nuevo Mundo, en medio de las aclamaciones y de la admiración, enorgulleciéndose de tener tal padre.

Completaba la belleza de aquel cuadro doméstico la hermosa hija de Inés y de Beltran, la inocente Isabel, que quería como hermanos á Diego y á Fernando, y sentía hácia Colón afecto y gratitud.

De todo esto necesitaba para reponer su abatido espíritu y sufrir con resignación las intrigas que empleaban sus enemigos para oponer obstáculos á su tercer viaje.

## Capítulo XLVII.

### Los juegos de la fortuna.

Mala situación era aquella para España bajo el punto de vista financiero.

El rey don Fernando era ambicioso.

Con la esperanza de extender su poder, prodigaba los rentas del Estado en guerras, y mientras negociaba con el rey de Nápoles la posesión de la corona de aquel reino, proyectaba enlazar á sus hijos de una manera ventajosa, para que España llegase á ser lo que fué en el siglo XVI.

Al juzgar los actos de su época, podría asegurarse que ya soñaba aquel país que debía más tarde hacer exclamar á uno de sus sucesores: «que en sus dominios no se ponía nunca el sol.»

Hacia, pues, lo posible para formar la célebre

alianza de familias que constituyó á la nacion en imperio, bajo el mando de su sucesor Cárlos V.

Tenia en Italia un numeroso ejército, mandado por Gonzalo de Córdoba.

Este ejército molestaba al rey de Francia, y Fernando temia una invasion de tropas francesas, que le atacaran, no sólo por tierra, sino por mar.

Esto le obligaba á sostener un numeroso ejército en la frontera, y gran número de buques preparados para defender las costas.

Al mismo tiempo, para hacer ostentacion de su poderío, deseaba que acompañase una flota de cien buques á su hija doña Juana, que debia enlazarse con el archiduque de Austria, al cual debia acompañar á su regreso su hermana doña Margarita, para unirse con el príncipe don Juan.

Estas combinaciones le preocupaban, con detrimento de los proyectos de Colon, y al mismo tiempo le hacian emplear crecidas sumas, con cuyo motivo las esperanzas del almirante estaban reducidas á una promesa.

¡Gran pena debia experimentar el ilustre marino al ver que destinaba el rey cien buques para escoltar á una princesa, y le negaba seis humildes carabelas para ensanchar sus descubrimientos y sus conquistas en el Nuevo Mundo.

Fonseca y sus secuaces animaban al rey á realizar sus planes, como más provechosos para el presente y el porvenir de la nacion, que las ofertas que hacia el almirante.

No faltaban á este poderosos y leales amigos, entre los que se contaban el duque de Medinaceli, el arzobispo de Toledo, fray Diego de Deza, y el mismo Santangel, y unos y otros consiguieron que diese el rey la orden de adelantar á Colon seis millones de maravedis con destino á los preparativos de su tercera expedicion.

Aunque con gran pesar de Fonseca no habia más remedio que cumplir aquella orden, y andaban sus amigos desesperados viendo los medios de entretenerle, cuando una circunstancia favorable á Colon vino á serle al mismo tiempo adversa.

Al llegar á Cádiz encontró á Pedro Alonso Niño, que partia con provisiones para la colonia.

A los pocos dias de comunicarse á Fonseca la orden para el adelanto de los seis millones de maravedis, se tuvo noticia del regreso de Alonso Niño.

Su familia residia en Huelva, y en vez de salir inmediatamente de Cádiz para la corte, fué á descansar á su casa, y desde ella escribió á Fonseca, rogándole que participase á los reyes que traia á bordo una crecida cantidad de oro.

Aquella era una mala noticia.

Inmediatamente envió Fonseca un emisario á Soria para pedirle informes detallados acerca de la cantidad á que ascendia el oro que habia traído Pedro Alonso Niño.

La respuesta no se hizo esperar.

Produjo gran alegría en Fonseca.

Inmediatamente fué á ver al rey.

—Tengo que comunicar excelentes nuevas á vuestra majestad,—le dijo.

—Hablad.

—Voy á evitaros un sacrificio inmenso. Habeis dispuesto que se adelanten á Colon seis millones para los preparativos de su tercer viaje.

—Con harto pesar,—dijo el rey.

—Pues bien; no vá á ser necesario ese sacrificio.

—¿Por qué causa?

—Hace cuatro meses partió para las indias Pedro Alonso Niño con tres carabelas. Ha regresado, y en una carta me comunica que vuelve con su navío cargado de oro.

—¿Es posible?

—Vea vuestra majestad su epístola,—dijo Fonseca.

—Si, como creo, es cierto, puede desdeluego destinar vuestra majestad los seis millones á gastos más perentorios, invirtiendo una parte del oro que ha venido en las atenciones que exija la tercera expedicion.

La idea agradó al rey.

Precisamente en aquellos dias habia recibido la noticia de que una fortaleza muy importante habia sido saqueada en el Rosellon por los franceses, y necesitaba los fondos para mandar repararla.

Sin pérdida de tiempo dictó una orden destinando á este servicio los seis millones, anunciando á Colon que del producto que habia traido Pedro Alonso Niño se destinaria la cantidad necesaria para que dispusiese las carabelas que debia servirle en su próximo viaje.

Esta contra órden disgustó en extremo á Colon, tanto más cuanto que no tardó en saber que Pedro Alonso Niño habia hablado en su carta figuradamente, puesto que no poseia oro, sino gran número de prisioneros indios, los cuales vendidos podian producir el metal que anunciaba.

Pero como la reina habia dado órden para que volviesen los cautivos á su pátria, sus esperanzas quedaron defraudadas, y una carta de su hermano que llegó á sus manos por el mismo conducto, le acabó de entristecer.

Anunciábale que la colonia se hallaba en una lamentable situacion.

Pediale inmediato socorro, y le decia que todo se perderia si continuaban de aquel modo mucho tiempo.

Para conseguir sus deseos mostró Colon á los reyes aquella epístola, y produjo en su ánimo un efecto contrario del que se prometia.

Veian á punto de perderse aquellas conquistas lejanas, y poco les faltaba para preferir su abandono á los nuevos y grandes sacrificios que tenian que hacer para sostenerlas.

Nueve meses horribles pasó Colon en España, sin que acabasen por completo de despreciarle; pero sin que le atendiesen con la bondad que habia merecido en otro tiempo á los reyes y á los personajes más influyentes de la córte.

Al fin de la primavera del siguiente año, cuando volvió á Flandes la flota con la princesa Margarita, se realizaron las esperanzas de Colon.

Los esponsales de la jóven princesa y el príncipe don Juan se celebraron en Búrgos con gran pompa.

La felicidad que experimentaba el corazón de la reina alcanzó á su protegido.

Asegurado el porvenir de sus hijos, influyó en el ánimo del rey, no sin mucho trabajo, y algunas reales disposiciones que se dictaron dieron nuevo impulso á los propósitos del almirante.

Fueron confirmados á Colon los derechos y prerrogativas que se le habian concedido en Santa Fé.

Ofreciéronle una heredad en la isla Española de cincuenta leguas de longitud y veinte de latitud, con el propósito de fundar sobre ella un título de duque ó de marqués.

Pero Colon renunció estos honores, manifestando que sólo servirían para encarnizar la envidia que sus triunfos despertaban, y lo único que hizo fué pedir á los reyes, en vista del mal estado en que se hallaban sus intereses, que le eximiesen de pagar la octava parte del coste en las expediciones anteriores.

En cambio se obligaba á no pedir la octava parte que le correspondía de los productos que hasta entonces habian llegado de las Indias.

Acordóse también que los tres años siguientes recibiese la octava parte de los productos totales y el diez de los productos líquidos.

Pasado este tiempo, debería volver á estar en toda su fuerza y vigor el pacto primitivo que habia hecho con los reyes.

Deseosos los monarcas de reanimar su abatido es-

piritu, le concedieron el derecho de establecer un mayorazgo con todos sus títulos de nobleza, permitiendo al heredero usar sus armas, sellar con ellas y adoptar su rúbrica.

Aprovechando aquella época de favor, Colon, que se habia ofendido por la licencia que habian concedido los reyes en Abril de 1495 á todos los vasallos españoles que por su cuenta quisieran emprender descubrimientos en el Nuevo Mundo, licencia contraria en un todo á su prerrogativa, hizo valer sus derechos, y consiguió la publicacion de un edicto, en el cual se modificaba la licencia, no permitiendo empresas de ningun género que pudieran ser perjudiciales á sus intereses ó á las concesiones que anteriormente le habia hecho la corona.

«Nunca fué nuestra intencion, decian los soberanos en su edicto, afectar de ningun modo los derechos del expresado don Cristóbal Colon, ni permitir que las concesiones, privilegios y favores que le hemos dispensado se invalidaren en lo más mínimo; antes por el contrario, en consecuencia de los servicios que nos ha hecho, pensábamos todavía conferirle nuevas gracias.»

Tales eran por entonces los ánimos de los reyes.

Pero los enemigos de Colon no se dormían, y por de pronto aplazaron las muestras de su munificencia.

Por indicacion del almirante se adoptaron también medidas en favor de los intereses de la colonia.

Se le otorgó permiso para llevar á la isla tres-

cientas treinta personas retribuidas por el tesoro público.

Entre ellas debia haber cuarenta ginetes, cien peones, treinta marineros, treinta grumetes, veinte mineros, cincuenta labradores, diez hortelanos, veinte artesanos y treinta mujeres, concesion que hasta entonces no se habia hecho.

Despues se aumentó el número de colonos hasta quinientos; pero el excedente de los trescientos treinta no debia tener más retribucion que la de los productos de los terrenos que cultivasen en la colonia.

En el camino de las concesiones, se autorizó á Colon para que cediese tierras á los que quisieran cultivarlas, con la condicion de que habian de permanecer en la isla lo ménos cuatro años, y de que los metales preciosos y palo del Brasil que se encontrase en sus entrañas se reservase á la corona.

No se olvidó la reina de los indios.

Aun cuando no faltaban doctores que opinaran por la esclavitud, fundándola en el derecho divino, en vez de someterles al yugo quiso abrirles los anchos horizontes de la religion cristiana, y dispuso que acompañaran á Colon algunos misioneros más para que instruyeran en la religion á los indios.

Al mismo tiempo encargó que el tributo que se les habia impuesto se recaudase sin molestarles, no empleando castigos severos con los que verdaderamente no pudiesen pagar.

En la conferencia que celebraron con Colon, partiendo de las calumnias que habian dirigido contra él

sus enemigos, le encargaron mucho que renunciase lo más pronto posible á las medidas de rigor, puesto que no querian aparecer como tiranos, sino como padres y protectores de aquellos infelices que vivian en la ignorancia sin conocer los consuelos de la fé.

Tales fueron las medidas y las instrucciones que adoptaron los reyes para su planteamiento en la tercera expedicion.

Pero aunque parecia próximo el viaje, aunque podian darse ya por vencidas todas las dificultades que se habian opuesto á él, y que durante tanto tiempo habian defraudado las esperanzas de Colon, todavía tenia que luchar con nuevos obstáculos.

La indiferencia y la perfidia de Fonseca debia proporcionarle serios disgustos antes de que pudiera darse á la vela.